

KIM STANLEY ROBINSON

MARTE VERDE



minotauro ESSENCIALES

KIM STANLEY ROBINSON

Marte Verde

minotauro

Título original:
Green Mars

Traducción de Ana Quijada

© Kim Stanley Robinson, 1994
© Editorial Planeta, S.A., 1997, 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.edicionesminotauro.com

ISBN: 978-84-450-0938-3
Depósito legal: B. 20.216-2020

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE

Areoformación

La cuestión no es crear otra Tierra, ni otra Alaska u otro Tibet, ni un nuevo Vermont o una nueva Venecia, ni siquiera otra Antártida. La cuestión es crear algo nuevo y extraño, algo marciano.

En cierto modo, nuestras intenciones tampoco importan. Aunque tratásemos de crear otra Siberia u otro Sáhara, no lo conseguiríamos. La evolución no lo permitiría, y en esencia éste es un proceso evolutivo, un empeño que escapa a la intención, como cuando la vida saltó milagrosamente de la materia, o cuando se arrastró de los mares a la tierra firme.

Luchamos otra vez en la matriz de un mundo nuevo, esta vez en verdad alienígena. A pesar de los grandes glaciares que las gigantescas inundaciones de 2061 dejaron atrás, éste es un mundo muy árido; a pesar de que se está creando una incipiente atmósfera, el aire es aún muy tenue; a pesar de todos los métodos para generar calor, la temperatura media todavía está muy por debajo del punto de congelación. Estas condiciones hacen que la supervivencia sea extremadamente difícil. Pero la vida es resistente y adaptable, es la fuerza verde de la viriditas que se agita en el universo. En la década que siguió a las catástrofes de 2061, la población se esforzó por reconstruir las cosas y salir adelante en las cúpulas resquebrajadas y las tiendas rasgadas, y la labor de formación de una nueva sociedad continuó en nuestros refugios ocultos. Y en el exterior, sobre la fría superficie del planeta, proliferaron nuevas plantas, que cubrieron los flancos de los glaciares y las cuencas templadas con una marea lenta e inexorable.

Naturalmente, todos los modelos genéticos de nuestra nueva biota son terranos, y también las mentes que los diseñan, pero el suelo es marciano. Y el suelo es un poderoso ingeniero genético: determina qué florece y qué no, provocando una progresiva diferenciación, y por tanto la evolución de nuevas especies. Y a medida que se suceden las generaciones, todos los miembros de una biosfera evolucionan juntos, se adaptan al terreno mediante una compleja respuesta común, la capacidad creativa del autodiseño. Este proceso, no importa cuánto intervengamos en él, es en esencia incontrolable. Los genes mutan, las criaturas evolucionan: una nueva biosfera emerge, y con ella una nueva noosfera. Y al fin la mente de los diseñadores, igual que todo lo demás, ha cambiado para siempre.

Éste es el proceso de areoformación.

Un día el cielo cayó. Las láminas de hielo se precipitaron en el lago y luego empezaron a estrellarse contra la playa. Los niños se dispersaron como chorlitos asustados. Nirgal corrió por las dunas hasta la aldea y entró como una tromba en el invernadero, gritando:

—¡El cielo se está cayendo, el cielo se está cayendo!

Peter se precipitó al exterior y corrió tan rápido hacia la playa que Nirgal no fue capaz de seguirlo.

En la playa las grandes placas de hielo caían como puñales sobre la arena, y algunos trozos de hielo seco burbujeaban en el agua del lago. Los niños se acercaron a Peter, que echó la cabeza hacia atrás y observó la cúpula lejana.

—Todos a la aldea —dijo, y su tono indicaba que no admitía tonterías. Mientras caminaban de regreso, rio—. ¡El cielo se está cayendo! —gritó con voz aguda, revolviéndole el pelo a Nirgal. Éste se sonrojó y Harmakhis y Jackie rieron, y el aliento escarchado de ambos asomó en rápidos penachos blancos.

Peter fue uno de los que escaló el costado de la cúpula para repararla. Kasei, Michel y Peter treparon como arañas sobre la aldea a la vista de todos, por encima de la playa y luego sobre el lago, y pronto parecieron más pequeños que los niños. Se descolgaron en eslingas y rociaron la grieta de la cúpula con agua hasta que se congeló formando una nueva capa transparente que recubrió el hielo seco. De nuevo abajo,

hablaron del mundo cada vez más caliente del exterior. Hiroko había salido de su pequeña casita de bambú, y Nirgal le preguntó:

—¿Tendremos que irnos?

—Siempre tendremos que irnos —dijo Hiroko—. Nada perdurará en Marte.

A Nirgal le gustaba la vida bajo la cúpula. Por la mañana se despertaba en la redonda habitación de bambú, en la parte alta del Creciente Guardería, y bajaba corriendo hasta las dunas escarchadas con Jackie, Rachel, Frantz y el resto de los madrugadores. Veía a Hiroko en la orilla lejana, paseando por la playa como una bailarina, flotando sobre su propio reflejo húmedo. Le hubiera gustado acercarse a ella, pero era hora de ir a la escuela.

Volvían a la aldea y se apiñaban en el vestuario de la escuela, colgaban las chaquetas de plumas y extendían las manos amoratadas hacia la parrilla del calefactor, mientras esperaban al maestro del día. Podía ser el Doctor Robot, y en ese caso se morirían de aburrimiento y contarían los parpadeos del hombre como si fueran los indicadores de segundos de un reloj. Podía ser la Bruja Buena, vieja y fea: entonces saldrían y pasarían el día construyendo, disfrutando de las herramientas. O podía ser la Bruja Mala, vieja y hermosa, y pasarían la mañana pegados a los atriles tratando de pensar en ruso, arriesgándose a recibir un golpe en la mano si reían o se quedaban dormidos. La Bruja Mala tenía el pelo plateado y una mirada feroz sobre la nariz ganchuda, como los halcones pescadores que vivían en el pinar del lago. Nirgal le tenía miedo.

Así que, al igual que los demás, ocultó su desaliento cuando la puerta de la escuela se abrió y por ella entró la Bruja Mala. Sin embargo, ese día parecía cansada y los dejó salir antes a pesar de que la clase de aritmética había sido desastrosa. Nirgal siguió a Jackie y Harmakhis; doblaron la esquina y se metieron en el callejón entre el Creciente Guardería y la parte trasera de la cocina. Harmakhis orinó contra el muro y Jackie se bajó los pantalones para demostrar que ella también era capaz, y justo en ese momento la Bruja Mala apareció en la esquina. Los arrastró fuera del callejón por el brazo, Nirgal y Jackie aferrados por la misma

garra, y en la plaza le dio unos azotes a Jackie mientras gritaba furiosamente a los chicos:

—¡Vosotros dos, manteneos lejos! ¡Es vuestra hermana! —Jackie, que lloraba y se debatía intentando subirse los pantalones, descubrió las miradas de Nirgal y lanzó un golpe furioso contra él y contra Maya, pero erró y cayó al suelo con el trasero al aire y se puso a berrear.

No era cierto que Jackie fuese su hermana. Había en Zigoto doce sansei, o niños de la tercera generación, y se conocían como si fueran hermanos, y muchos lo eran, pero no todos. Raras veces se hablaba del tema, demasiado confuso. Jackie y Harmakhis eran los mayores, Nirgal una estación más joven, y el resto había llegado una estación después: Rachel, Emily, Reull, Steve, Simud, Nanedi, Tiu, Frantz y Huo Hsing. Hiroko era la madre de todo el mundo en Zigoto, aunque en verdad sólo de Nirgal y Harmakhis y otros seis de los sansei, y de varios de los nisei adultos también. Hijos de la diosa madre.

Pero Jackie era hija de Esther, que se había mudado después de una pelea con Kasei, el padre de Jackie. No había muchos que conociesen a sus progenitores. Cierta día Nirgal gateaba por una duna persiguiendo un cangrejo cuando Esther y Kasei aparecieron arriba; Esther lloraba y Kasei gritó: «¡Si vas a dejarme, déjame ahora!», y se echó a llorar también. Kasei llevaba un colmillo de piedra rosada y era uno de los hijos de Hiroko; por tanto, Jackie era nieta de Hiroko. Así funcionaban las cosas. Jackie tenía el cabello largo y negro y era la corredora más rápida de Zigoto, después de Peter. Nirgal era el que tenía más resistencia, y a veces corría dos o tres veces seguidas el perímetro del lago sólo por el placer de hacerlo, pero Jackie era más rápida en trayectos cortos. Siempre estaba riendo. Si Nirgal discutía con ella, se burlaba de él y le decía: «De acuerdo, tío Nirgie». Aunque fuese una generación mayor, era su sobrina. Pero no su hermana.

La puerta de la escuela se abrió de par en par y apareció Coyote, el profesor ese día. Coyote había recorrido el mundo entero en sus viajes y

pasaba muy poco tiempo en Zigoto. Tenerlo de profesor era como estar de fiesta. Los llevaba por la aldea, les buscaba ocupaciones extrañas, hacía que uno de ellos leyera en voz alta todo el tiempo fragmentos de libros imposibles de comprender, escritos por filósofos, que eran personas muertas hacía mucho. Bakunin, Nietzsche, Mao, Bookchin; los pensamientos comprensibles de esas gentes yacían como guijarros inesperados en una larga playa de galimatías. Las historias que Coyote les había leído de la *Odisea* o de la Biblia eran más sencillas, aunque también más inquietantes, porque la gente de la que hablaban no hacía más que matarse entre ellas e Hiroko decía que eso no estaba bien. Coyote se reía de Hiroko y aullaba con frecuencia sin ninguna razón aparente mientras leían aquellos cuentos espantosos, les hacía preguntas difíciles sobre lo que habían escuchado y discutía con ellos como si supieran de lo que estaban hablando; algo muy desconcertante.

—¿Qué haríais *vosotros*? ¿*Por qué* lo haríais? —Y mientras tanto les enseñaba cómo funcionaba el reciclador de combustible del Rickover o les pedía que comprobasen los émbolos del sistema hidráulico de la máquina de olas del lago, hasta que las manos les pasaban del azul al blanco y los dientes les castañeteaban tanto que no podían hablar con claridad—. Os enfriáis en seguida, chicos —les decía Coyote—. Todos menos Nirgal.

Nirgal aguantaba bien el frío. Lo conocía íntimamente y no le desagradaba sentirlo. La gente que detestaba el frío no comprendía que es posible adaptarse a él, que uno puede contrarrestar sus efectos adversos. Estaba muy familiarizado también con el calor. Si se empujaba el calor al exterior con la suficiente fuerza, el frío se transformaba en una especie de envoltura intensa en la que uno se movía. Y así el efecto último del frío era estimulante, pues hacía que uno deseara echar a correr.

—Eh, Nirgal, ¿cuál es la temperatura ambiente?

—Doscientos setenta y uno.

La risa de Coyote era espantosa, un cacareo animal que incluía todos los sonidos posibles, y cada vez diferentes.

—Atended, vamos a parar la máquina de olas y veremos qué aspecto tiene el lago tranquilo.

El agua del lago se mantenía siempre líquida, y el hielo de agua re-

cubría la parte inferior de la cúpula. Esto explicaba en su mayor parte el clima del mesocosmos, según Sax: brumas y vientos súbitos, lluvia y nieblas, y a veces nieve. Ese día la máquina meteorológica estaba casi silenciosa, y en el gran espacio hemisférico bajo la cúpula apenas corría viento. Con la máquina de olas desconectada, las aguas del lago pronto se aquietaron y sobre la superficie se formó una lámina circular del mismo blanco que la cúpula; pero el fondo del lago, cubierto de algas verdes, podía verse aún a través de la capa blanca. Así, el lago mostraba al mismo tiempo un blanco inmaculado y un verde intenso. En la orilla lejana esta agua de dos tonalidades reflejaba invertidos las dunas y los pinos achaparrados con la perfección de un espejo. Nirgal contempló el espectáculo extasiado, y todo lo demás desapareció, no quedó otra cosa que esa vibrante visión verde y blanca: había dos mundos, no uno, dos mundos que coexistían en el mismo espacio, ambos visibles, separados y diferentes, pero superpuestos, de tal modo que sólo desde ciertos ángulos podía verse que eran dos. Empujó la envoltura de la visión, como cuando uno empuja contra la envoltura del frío: «*¡Empuja! ¡Qué colores!...*».

—¡Marte con Nirgal, Marte con Nirgal!

Los demás reían. Siempre le pasaba lo mismo, le dijeron. Se desconectaba. Pero lo querían bien, lo veía en sus caras. Coyote partió una lámina de hielo e hizo saltar los pedazos sobre el lago. Los demás lo imitaron, y en las ondas blancas y verdes que se entrecruzaban el mundo invertido se agitaba y bailaba.

—¡Mirad eso! —gritó Coyote, que entre tiro y tiro cantaba en un inglés cadencioso que era como una perpetua salmodia—. Chicos, estáis disfrutando de las mejores vidas de la historia; la mayoría se limita a fluir en la gran máquina del mundo, ¡y aquí estáis vosotros, en el nacimiento de un mundo nuevo! ¡Increíble! Pero es pura suerte, vosotros no tenéis ningún mérito, no hasta que hagáis algo. Podríais haber nacido en una mansión, una cárcel, un barrio de chabolas en Puerto España, ¡pero aquí estáis, en Zigoto, el corazón secreto de Marte! Es cierto que por el momento estáis escondidos como topos en vuestras madrigueras, y los buitres revolotean en lo alto, listos para devoraros; pero se acerca la hora en que caminaréis por este planeta en completa libertad. ¡Recor-

dad lo que os digo, es una profecía, hijos míos! Y mientras tanto, ¡mirad qué hermoso es este pequeño paraíso de hielo!

Arrojó un trozo de hielo hacia la cúpula, y todos cantaron «¡Paraíso de hielo! ¡Paraíso de hielo!» hasta que no pudieron contener la risa.

Sin embargo, esa noche, cuando creía que nadie lo escuchaba, Coyote le dijo a Hiroko:

—Roko, tienes que llevar a los chicos al exterior y mostrarles el mundo, aunque sea bajo el manto de niebla. Aquí son como topos atrapados en sus propias madrigueras.

Entonces partió de nuevo, quién sabía adónde, en uno de sus misteriosos viajes a ese otro mundo que los rodeaba.

Algunas veces Hiroko iba a la aldea para darles clase. Ésos eran los mejores días para Nirgal. Siempre los llevaba a la playa, y bajar a la playa con Hiroko era como ser tocado por un dios. Aquél era su mundo —el mundo verde dentro del mundo blanco— y lo sabía todo sobre él, y cuando ella estaba allí los sutiles colores nacarados de la arena y la cúpula, los colores de los dos mundos, latían a la vez, como si trataran de liberarse de aquello que los aprisionaba.

Solían sentarse en las dunas y contemplaban las bandadas de aves acuáticas sobrevolar la playa rozando la superficie y graznando. Las gaviotas revoloteaban en lo alto e Hiroko les hacía preguntas con un brillo alegre en los ojos. Ella vivía junto al lago con un pequeño grupo de allegados, Iwao, Rya, Gene, Evgenia, todos en una pequeña casa de bambú en las dunas. Y como pasaba mucho tiempo visitando recónditos refugios alrededor del Polo Sur, siempre necesitaba ponerse al corriente de las noticias de la aldea. Era una mujer esbelta, alta para ser una issei, con la grácil simplicidad de las aves zancudas en el vestido y los movimientos. Era vieja, desde luego, increíblemente anciana, como todos los issei, pero había algo en sus maneras que la hacía parecer más joven incluso que Kasei o Peter, en realidad sólo un poco mayor que los chicos, y en su presencia todo parecía nuevo, ansioso por desplegar sus colores.

—Mirad el dibujo de esta concha marina. La espiral moteada se cur-

va hacia el interior hasta el infinito. Ésta es la estructura del universo. Hay una presión constante que empuja hacia adentro, una tendencia de la materia a evolucionar hacia formas cada vez más complejas. Es una especie de fuerza gravitatoria, una energía verde sagrada que llamamos viriditas, la fuerza que mueve el cosmos. La vida, ¿comprendéis? Como las pulgas de arena y las lapas y el krill; aunque este krill en particular está muerto, ayuda a las pulgas. Como todos nosotros –dijo, agitando la mano con la delicadeza de una bailarina–. Podemos decir que el universo está vivo porque estamos vivos. Nosotros somos su conciencia además de la nuestra. Procedemos del cosmos y contemplamos sus engranajes y nos parecen hermosos. Y ese sentimiento es lo más importante del universo, su culminación, como el color de la flor que se abre por primera vez con el rocío de la mañana. Es un sentimiento sagrado, y nuestro deber en el mundo es hacer cuanto podamos para favorecerlo. Y una manera es esparcir la vida por todas partes, ayudarla a existir donde nunca antes existió, como aquí en Marte.

Éste era para ella el acto supremo de amor, y a pesar de que no lo entendían del todo, cuando Hiroko hablaba ellos experimentaban ese amor. Otro empujón, un calor distinto en la envoltura del frío. Hiroko los acariciaba mientras hablaba, y ellos cavaban en busca de caracolas y la escuchaban.

–¡Almejas del fango! Lapas antárticas. Esponja de cristal... Cuidado, podéis cortaros.

Con sólo mirarla Nirgal se sentía feliz.

Y una mañana, cuando se levantaron para ir a excavar a otro lugar de la playa, ella le devolvió la mirada, y Nirgal reconoció la expresión: era la de él cuando la miraba. ¡Así que él también la hacía feliz! Se sintió ebrio de alegría.

Nirgal la tomó de la mano mientras paseaban por la playa.

–Es una ecología sencilla en muchos aspectos –dijo ella al arrodillarse para examinar la concha de otra almeja–. No hay muchas especies, y las cadenas alimentarias son cortas, pero tan ricas, tan hermosas. –Comprobó la temperatura del lago con la mano–. ¿Ves la neblina? El agua debe de estar caliente hoy.

En ese momento estaban solos, los demás niños correteaban por las

dunas o por la playa. Nirgal se inclinó para tocar una ola que iba a morir a sus pies dejando un blanco encaje de espuma.

–Está a poco más de doscientos setenta y cinco grados.

–¡Siempre tan seguro!

–Siempre puedo decirlo.

–A ver –lo desafió ella–, ¿tengo fiebre?

Él alzó la mano y la posó en el cuello de Hiroko.

–No, estás fría.

–Así es. Siempre estoy medio grado por debajo. Vlad y Ursula no se explican por qué.

–Es porque eres feliz.

Hiroko rio, igual que Jackie, llena de alegría.

–Te quiero, Nirgal.

Él sintió que su interior se calentaba como si cobijara una estufa.

Medio grado al menos.

–Y yo te quiero a ti.

Siguieron paseando por la playa tomados de la mano, caminando en silencio tras los chorlitos.

Coyote regresó e Hiroko le dijo:

–Muy bien, vamos a llevarlos fuera.

Y a la mañana siguiente, Hiroko, Coyote y Peter los guiaron a través de las antecámaras y por el largo túnel blanco que conectaba la cúpula con el mundo exterior. Al final del túnel estaba el hangar y sobre él la galería del acantilado. Los niños habían visitado la galería con Peter otras veces, y habían visto la arena helada y el cielo rosado a través de las pequeñas ventanas polarizadas, tratando de imaginar la gran pared de hielo que los albergaba: el casquete polar meridional, la base del mundo, donde vivían para escapar de gentes que los meterían en la cárcel si los descubrieran.

Por eso no habían salido nunca de la galería. Pero aquel día entraron en las antecámaras del hangar y se enfundaron en unos monos elásticos, luego se pusieron unas pesadas botas y gruesos guantes y por último unos cascos con una ventana con forma de burbuja en la parte frontal.

Los chicos estaban cada vez más excitados, pero al fin la excitación se transformó en algo parecido al miedo, y Simud empezó a llorar y a decir que no quería ir. Hiroko la tranquilizó con una larga caricia.

—Vamos, yo iré contigo.

Los niños se apretaron unos contra otros en silencio y siguieron a los adultos hasta la antecámara. La puerta exterior se abrió con un siseo. Apiñados en torno a Peter, Coyote e Hiroko, salieron con cautela, entrechocándose.

Un resplandor intenso los encegueció. Una niebla blanca lo envolvía todo. El suelo estaba moteado de intrincadas flores de hielo que centelleaban en aquel baño de luz. Hiroko y Coyote, que llevaban a Nirgal de la mano, lo impulsaron hacia adelante y lo soltaron. Él se tambaleó ante la embestida del blanco resplandor.

—Éste es el manto de niebla —dijo Hiroko por el intercomunicador—. Se mantiene durante todo el invierno. Pero ahora estamos en Ls 205, en primavera, cuando la fuerza verde empuja con más vigor en el mundo, alimentada por la luz solar. ¡Miradla!

Nirgal no veía más que una blanca bola de fuego. De repente, la luz traspasó esa bola y la transformó en un manantial de colores: la arena helada se convirtió en magnesio pulido y las flores de hielo en joyas incandescentes. El viento sopló y rasgó la niebla; se abrieron claros y aparecieron porciones de tierra en la distancia, y Nirgal sintió vértigo. ¡Todo era tan grande! Apoyó una rodilla en la arena y puso las manos sobre la otra pierna para mantener el equilibrio. Las rocas, tachonadas de escamas circulares de líquen negro y verde, y las flores de hielo brillaban como bajo un microscopio.

Una colina de cima chata se recortaba en el horizonte: un cráter. Las rodadas de un rover, casi cubiertas por la escarcha, como si llevaran allí un millón de años, surcaban la grava. El orden latía en el caos de luz y roca, el líquen verde se fundía con el mundo blanco...

Todos hablaban a la vez. Los niños correteaban y gritaban alborozados cada vez que la niebla se abría y les permitía atisbar el rosa intenso del cielo. Coyote reía con ganas.

—Son como terneros de invierno que salen del establo en la primavera. Míralos, dando traspiés, pobres pequeños. ¡Ja, ja, ja! Roko, no

pueden seguir viviendo así. —Y soltaba su extraño cacareo mientras levantaba niños de la arena y los ponía en pie.

Nirgal se incorporó y dio un salto experimental. Sintió que podía volar, y se alegró de que las botas fueran tan pesadas. Un montículo alargado, de su misma altura, partía serpenteando de la pared de hielo. Jackie caminaba por esa cresta y fue a reunirse con ella. Avanzaba con dificultad a causa de la pendiente y la profusión de rocas que había en el suelo. Pero una vez en la cresta echó a correr, y le pareció volar, como si pudiera correr eternamente.

Nirgal alcanzó a Jackie y juntos contemplaron la muralla de hielo, que se elevaba hasta el infinito bajo la niebla, y gritaron felices. Un rayo de luz matinal se derramó sobre ellos como agua fundida, y tuvieron que volverse, los ojos llenos de lágrimas. Nirgal vio su sombra proyectada en la niebla que se arrastraba sobre las rocas. Una banda circular de luz irisada la rodeaba. Nirgal soltó un chillido y Coyote se acercó deprisa, gritando:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —Se detuvo al ver la sombra—. ¡Eh! ¡Es un halo! Eso es lo que llaman un halo. Es como el Espectro de los Brocken. ¡Agitad los brazos arriba y abajo! ¡Mirad esos colores! ¡Jesús todopoderoso, sois los seres más afortunados del planeta!

Impulsivamente, Nirgal se acercó a Jackie y los halos de ambos se fundieron en un nimbo irisado y resplandeciente que orlaba la doble sombra azul. Jackie rio encantada y se alejó para probarlo con Peter.